Silencios Literarios

Andrew Gonzalez

Envueltos en auras literarias, hemos retomado aires que nos impulsen a seguir con esta tarea que nos propusimos veinticuatro números antes.

Pese a las múltiples fallas a las que nos hemos enfrentado para dar vida a este nuevo número, seguimos presentes y ahora mostrando, como siempre hemos tratado de hacer, textos de nuevos Escritores, embajadores de tierras oscuras, con cuyas líneas darán a ustedes Lectores nuevas visiones para disfrutar.

Desde la obscuridad
Natasha
Editora

Para todo Escritor hay Lectores.

IN TENEBRIS

Por Krueldulf Vuolack Dampir-Sith

Vivir esta nueva vida es vivir
desde el lecho de muerte,
sin tener alcance al Reino de
Ultratumbra,
es mantener tu mente en
penumbras y
bañar tus sueños en tibia y
dulce sangre y funebre
melancolía,
es perderlo todo con el frío
silencio de una fosa común.

Vivir sin vida,
no importa la fuerza o cantidad
de Requiems y Poemas
que a tu nombre se invoquen,
para nosotros los rezos ya no
tienen efecto alguno,
no somos Ángeles,
mucho menos Demonios,
somos solo Obscuridad,
juventud perpetua,
Senil y Nocturna juventud
perpetua.

Y henos aquí,
aun en el terrenal reino,
codenándonos con los mortales,
sobreviviendo de sus sueños,
exiliados de la Luz,
viendo solo a la Diosa Selene,
de aperlada piel somos,
piel helada somos,
de mirada llameante somos,
de límbica mirada somos.

Somos Los Hijos de la Noche
Perpetua añorando la
Humanidad.
Somos los discipulos de las
sombras que gimen en silencio.
Somos los Volkolac, Los
Nosferatu,
Los que robamos la vida,
para vivirla.
Los que damos muerte,
Para no morir.

País: D.F., México

ESCALOFRÍO

Por Erik Daniel Franco Trujillo

Cuando la muerte busca liberarse
en lo más profundo de mi ser
y su cálculo enloquecedor
adquiere un tono omnipresente,
las emociones, poco antes
ferozmente degustadas,
tropiezan
anta la insistencia de ese hallazgo
insostenible.
Caricia insomne que ahonda y se
asienta dejando
rastro en la certeza prematura.

Ha nacido el ansia repentina, la
promesa última cuyo alcance se
escuda
en el reordenamiento de los
prejuicios vitales.

Seamos devueltos a los discursos
físicos, proliferemos en su
pensión,
pues llegada la hora en que estas
apariencias sean vulneradas,
daremos pie a la consumación
práctica del mero escalofrío.

País: México

LA BESTIA DE LA AURORA

Por Luis Benítez

El gato perpetuo en la mañana
absoluta
está gritando que es bestia de la
aurora,
¿y quién oye al mínimo animal
que encarna,
sino el árbol de oro a cuyo pie
repite,
se desgañita?
Está hecho de animales
como una fábula antigua,
pero ni aquellos frisos
encanecidos
por el polvo donde duermen los
imperios,
ni la fresca novia del amanecer
alcanzan
para adelgazar el oído que
duerme,
que duerme aunque hace mucho
es de día.
Brutal sombra que ves
con indiferencia la sombra de tu
sombra
y la de todos hundirse lenta como
un barco
en el océano que alardea de ser
la única, posible sombra,
como todo lo terrible tú pareces
pedir apenas
una caricia inconsciente de lo
frágil,
simulas ser un sirviente y eres el
amo que distingue
entre el árbol de oro y la raíz,
por siempre hundida en la tierra,
volumen apenas de la sombra.

País: Buenos Aires, Argentina

Para todo Escritor hay Lectores.

Imprimir

HISTORIAS SIN TÍTULO
I

Por Marlon Jímenez R. - The Sacred Warrior
País: Venezuela

En un bar a medianoche, bastante concurrido, con buen espectáculo, algo de jazz para amenizar el ambiente; el grupo solo eran cuatro integrantes que hacían maravillas solo con un bajo eléctrico, un piano, una batería y el infaltable saxofón.

Ahora bien, naturalmente la gente ríe, conversa y disfruta la música; pero así como hay gente muy sociable y bastante desinhibida en estos ambientes, también se cuentan los solitarios, que no buscan la compañía de nadie porque están muy seguros de si mismos o su versión de la verdad es bastante diferente de la de otros; a estos les gusta la vida y la ven de una manera distinta (claro, después de la adolescencia y unos cuantos intentos de suicidio). Uno de ellos en especial, se encontraba sentado en la barra; no bebía, pero si fumaba bastante, su cenicero estaba rebosante de colillas y cenizas de cigarrillos. Vestía pantalón y camisa y tenia una gabardina de color gris plomo.

Ocultaba su cara debajo de un sombrero negro, era un hombre cetrino y silencioso, estaba sentado cabizbajo y fumaba lentamente disfrutando al máximo cada fumada.

Mientras hacía esto, el 'bar-tender' se le acercó con un vaso de Wishkey con bastante hielo y se lo dio.

-*Esto es de usted*- dijo. El hombre le lanzó una mirada extraña y respondió:-*disculpe, yo no he pedido nada*- y con la mano rechazó el vaso deslizándolo sobre la tabla. –*Lo sé, pero es de parte de la dama de la esquina*- señalando a una mujer de cabello negro, muy blanca y con los labios pintados de rojo vivo, bastante atractiva, el hombre la miró de reojo, tomó el vaso y caminó hacia ella.

-*Y... ¿de qué quiere hablar señorita? ¿O solo me brinda este trago porque quiere derrochar dinero?*-
-*vaya, a usted no le gustan mucho las preliminares, va al grano, es un hombre directo...* -
-*Señora... siempre lo soy...*- y se levantó las mangas de la gabardina y la camisa mostrando cicatrices en sus muñecas.
-*¡Oh!...ya veo, aunque poco importan esos problemas ahora...*-
-*Tal vez para usted...*- Respondió el.

Hubo un momento de silencio, la mujer solo miró fijamente al hombre mientras el dio una fumada a su cigarro y tomó un trago de Wishkey.

-*Y dígame... ¿qué asunto la trajo hasta aquí a hablarme?*-
-*¿Me creería si le digo que vine a buscarlo por placer?*-
-*Deje las bromas para los payasos... ¿qué quiere?*-
-*Definitivamente usted es bastante serio... vine hasta aquí para ofrecerle un trabajo*- al decir esto sacó un sobre Manila grande que contenía fotos y se lo entregó.
-*¡Vaya! Nuestro amigo es fotogénico*- dijo él mientras veía las fotos en blanco y negro de un hombre en

distintos sitios públicos. -*¿Qué quiere exactamente?-*
-Quiero que lo vigile, pensamos que esta trabajando para un senador de el gobierno que está preparando un atentado al presidente-
-uhm... si saben que es un senador ¿por qué se preocupan por un tipo que nadie conoce?
-hemos sabido por espías y vendedores de información que ese hombre forma parte de una organización de derecha que tiene el apoyo de grandes corporaciones nacionales e internacionales-
-Es decir, este hombre no trabaja para el senador, el senador trabaja para él- interrumpió el hombre.
-así es, y nuestro objetivo es detener a este individuo para evitar que se lleve a cabo ese plan-
-¿y por qué en vez de vigilarlo no se deshacen de el?- preguntó el hombre.
-deshacernos de el sería exponernos, y las corporaciones son enemigos demasiado fuertes para enfrentarlos abiertamente.
-¿pero por qué ir ustedes contra los derechistas? ¿Acaso son agentes de alguna agencia gubernamental?-
-No, siento no poder decirle sobre nosotros, no podemos confiar en cualquiera...-
-¿y que les hace pensar que voy a ayudarlos?-
-Cuestión de principios... sabemos todo de usted, y sabemos que en su corta e inconclusa vida de estudiante fue activista y revolucionario, sus ideales le trajeron muchos conflictos, y estoy casi segura que esas marcas en sus muñecas tienen mucho que ver- al principio esto sorprendió levemente al hombre, luego terminó el cigarro, ya gastado, con una sola succión y tomó un gran trago de wishkey, luego con una sonrisa cínica respondió:
-¡Ciertamente!-
-¡Ah! Recibirás buen pago por el trabajo que te tenemos- sacando un sobre blanco de correo de su bolso se lo entregó- *esto es un... incentivo, para cubrir sus gastos, son cincuenta mil para los próximos 15 días, manténganos informados sobre este hombre y todo lo que haga, ahora tengo que irme-*

La dama se levantó para irse, colocó la paga de ambas bebidas sobre la barra y se acercó al hombre, y suavemente le susurró al oído: -Te contactaremos- y luego se alejó directo a la salida, dándole la espalda a el. Absolutamente era una hermosa mujer, con un cuerpo y silueta que cualquiera desearía, era prácticamente perfecta, una mujer de ensueño; tan atractiva que el mismo papa habría olvidado por unos segundos sus hábitos. Mientras caminaba era como un imán a su paso, atraía la mirada de todos, pero nadie se sentía mas extasiado por esa vista que el hombre con el que ella misma había hablado hace pocos segundos, el hombre cetrino; él sin querer pero con toda la intención la observó mientras caminaba, desde los bordes del vestido negro a mitad de la pierna, hasta la escotadura de la falda, desde los largos guantes negros que cubrían sus delgadas manos hasta la espalda torneada y semidesnuda debido al escote del vestido. Cuando salió el tuvo la necesidad incontenible de seguirla, pero vio los sobres y pensó que era ridículo, que era un asunto meramente de trabajo, tomó los sobres y los guardó en los bolsillos internos de su gabardina, suspiró profundamente, y apagó su cigarro en el cenicero; se dirigió a la salida. Al pasar frente al escenario donde el grupo tocaba una pieza inmortal de jazz, lanzó una moneda que cayó en el estuche abierto del saxofón y dijo a manera de despedida: -Buena pieza amigo...-

** * * * F I N * * * **

Para todo Escritor hay Lectores.

Imprimir

ÉRASE UNA VEZ

Por Akasha Fallen Angel
País: Valencia, España

Érase una vez...

Una Caperucita roja triste que encontraba muchas piedras en su camino, iba a encontrarse con una abuelita a la que llamaremos Destino, pero por el camino siempre tubo la ilusión de encontrar a un príncipe como el de aquellos flamantes cuentos de hadas que siempre acababan felices.

Nuestra inocente niña siempre seguía el caminito hacia su destino, siempre sonriente, siempre con sus ingeniosas bromas, tropezaba con aquellas piedras que alguien le tiraba de repente... alguien desde fuera de su sendero precipitaba piedras que hacían caer a la muchacha y que provocaban cicatrices incurables, de esas cicatrices que se clavan en el alma y que nunca se cierran. Pero la alegre muchacha se levanta, siempre se levantaba... hasta que en su camino apareció un gran pozo en el que la niña calló, Caperucita se convirtió en una Bella Durmiente eternamente triste, en una Rapunzel con el pelo cortado, en una Cenicienta sin Hada madrina.

Aquella feliz Caperucita que siempre se levantaba se había convertido en un ángel caído. Irónico ¿verdad? Una protagonista de un cuento de hadas peculiar convertida en un ser mitológico... Mientras nuestra caperucita caía al vacío su capa se iba volviendo de color negro como el carbón, sus ojos se volvieron tristes y llorosos, blindó su corazón con un material mas duro que el titanio, ¿sabéis que material es? El miedo a ser destrozado. Nuestra pequeña niñita feliz se había cansado, así que cayó y siguió cayendo. Ya nunca nadie cambiaría lo que sentía.

Aquellos que vivimos nos condenan a ser como somos. Y a ella le gustaba ser así. Nadie le hacía daño. ¿Acaso su destino era caer al vacío eternamente? ¿Acaso ella había hecho algo mal? ¿Aquello era autocompasión? Ningún animal del bosque había ayudado a nuestra Blanca nieves, ningún cazador había salvado a Caperucita, ninguna Campanilla había ayudado a nuestro Peter Pan, ningún Tarzan ayudó a Jane, no hubo carroza para Cenicienta ni cestita para Caperucita. El cuento de hadas se había roto.

Me gustaría decir que Caperucita volvió a tener su capa roja, que la Bella Durmiente fue despertada por su príncipe, o que Rapunzel se encontró con su enamorado... Pero obviamente las cosas no acabarían así.

Nuestra protagonista llegó al fondo del pozo eterno, y vió desde abajo el sendero que tan lejos había quedado de ella, ahora estaba perdida. Estaba lejos de su destino... ¿O en realidad su destino era caer? Una protagonista de un cuento de hadas que acaba de caer desde su maravilloso cuento al infernal sitio donde los sueños se queman, las ilusiones se rompen y lo único que hay es gritos, llantos, odio, temor, angustia... ¿Sabéis dónde es ese sitio? El infierno.

Ella aprendió a vivir allí abajo,
aprendió a arrancar de su piel sus propias lágrimas,
aprendió a quemar su sonrisa,
aprendió a tapar sus propias heridas,
a matar su voz y agudizar su oído,
aprendió a fabricar su propio escudo con dolor y desesperanza...

De repente, dentro de aquel sitio frío, sintió un abrazo, alguien la abrazaba de una manera que llegaba a hacerla estremecer, la muchacha se asustó, pues el contacto con el abrazo era frío... pero le aportaba calor, en contraste con su fría piel era aterrador.

La muchacha cayó agotada pero los brazos no la soltaron, a ella ya no le importaba quien era el dueño de aquel consuelo, se sentía tan bien. Por primera vez en mucho tiempo sintió el calor de alguien después de tantas noches de soledad, tantos pensamientos ahogados y tanta sangre derramada... Así que volvió a su mente aquella Caperucita feliz que había olvidado. Increíble, aquellos brazos, le habían devuelto recuerdos que desde la oscuridad había olvidado.

Bien, el final fue que aquella chica se durmió con una sonrisa escapando entre sus labios... Y cuando despertó, aquellos brazos habían desaparecido, tal fue su desilusión, su tristeza, aquella brusca manera de ver la realidad que la rodeaba, aquella realidad que siempre la rodeó y siempre le pegó... que Caperucita nunca más volvió a sonreír, nunca más volvió a dejar que la tocara nadie, esta vez el destino se había pasado, la había subestimado, su fuerza se la tragó por completo... Nunca volvió... Nunca...

¿Cobardía?... quizás... no lo sé... no lo sé...

* * * * F I N * * * *

Para todo Escritor hay Lectores.

LA MELODÍA DEL VIOLÍN

Por Invierno Muerto

País: España

Cuenta la historia, que en tierras lejanas, muy al norte de donde puede sentirse el calor, hace mucho tiempo existía un pequeño pueblo donde la hermosura brillaba en cada calle, en cada casa. Un pueblo donde muchos caminaban largo tiempo para encontrarlo y admirar la belleza que manaba de el. El pueblo estaba situado junto a una playa de rocas redondeadas por las bravas corrientes de agua que, fuertemente chocaban rompiendo en más pedazos la arena ya molida.

En una oscura noche, donde el frío hacía que el aliento se congelara, una gran luna llena se iba a asomando por el horizonte, de palidez y hermosura tan grande que parecía que se podía tocar con la mano. Esa noche, una niña nació, de cabellos rubios y ondulados cual ola del mar, hermosa niña de ojos verdes tan profundos que cuando te miraba fijamente parecía como si en su mundo te sumergieses.

Tiempo pasó, y la hermosa niña fue creciendo, al igual que su hermosura. Desde que nació presentaba una gran aptitud para la música, con su hermosa voz era capaz de producir los sonidos más hermosos jamás escuchados; una voz aguda y dulce, pero a la vez potente y sonora. Una voz que resonaba en las rocas de la playa donde la niña iba siempre que podía...

Una noche, cuando la niña iba a cumplir su séptimo cumpleaños, su padre entró por la puerta de madera, portando en sus brazos un regalo. La niña fue rápidamente a que su padre se lo diese, pero éste dijo que aún no, que no se impacientase, pues el regalo era más de lo que parecía y lo tendría justo a la media noche. Después de decir esto, el padre dejó el regalo junto a la niña y se fue.

El tiempo parecía que corría despacio pues en el gran reloj que tenía enfrente. Aún tendría que transcurrir media hora más.

La niña esperó y esperó, su mente imaginó todo tipo de cosas que se podrían ocultar bajo la apariencia de ese regalo. Cinco minutos antes de que el reloj diera las doce, sus padres bajaron por la escalera y se sentaron al lado de la niña.

-*¡Por fin!*- Exclamó la niña y cogiendo cuidadosamente el regalo, lo abrió. Lágrimas escaparon de sus ojos al ver un objeto de gran hermosura. Era un violín. La madera brillaba junto a la luz de la chimenea, las cuerdas parecían estar hechas de plata y un hermoso tallado celta aparecía en el borde del violín.

Esa noche no hubo sueño, para la niña, pues observó y observó; miró una y otra vez cada pequeño trozo de madera que formaba el instrumento y a la mañana siguiente, cuando escuchó a su padre levantarse para partir a trabajar, salió de su cuarto y le preguntó:

-*Papá, y ¿cómo hago sonidos con este instrumento?*- El padre sonrió y le dijo: -*Utiliza el arco y las cuerdas, es lo único que te puedo decir, mas debes aprender tú misma.* Al decir esto su padre, la niña se vistió rápidamente y cogiendo su violín salió corriendo de casa hacia la playa.

Hora tras hora, días seguidos de otros días, años; mucho tiempo empleó en aprender a tocar aquel instrumento, pero poco a poco, dulces sonidos iban brotando de el, con el paso de los días los hermosos sonidos iban ganando belleza.

Según cuentan los habitantes del pueblo, si agudizabas un poco el oído podías escuchar el hermoso

sonido de las cuerdas, un sonido triste y melancólico, y siempre la misma melodía. Día tras día una misma melodía iba sonando, pero cada vez constaba de más belleza.

Años pasaron hasta que la niña tuvo dieciséis años... Como otro día cualquiera se dirigió a la playa y se sentó en una de las rocas con su violín, y como hacía varios años, empezó a tocar la melodía. El sol iba cayendo a sus espaldas, mas una hermosa y grande luna iba asomándose por el horizonte, una luna pálida y brillante.

Más la joven supo que por mucho que tocase, nunca hallaría la perfección. Tristeza le invadía el alma, mientras tocaba. La canción se fue tornando más triste, más melancólica, pues manos tristes eran las que emitían los sonidos. Horas y horas pudo permanecer en la playa, viendo como la luna se alzaba ante ella, iluminando su pálido rostro.

Entonces cayó rendida, se dirigido a la fina arena bañada por las aguas y se tumbó al amparo de las estrellas. El sueño la atrapó y agarrando su violín se sumergió en sus fantasías, mas sería la última vez, pues el influjo de la luna empezó a elevar las aguas, tragándose a la joven y a su hermoso violín.

A la mañana siguiente, los padres de la niña la buscaron por cada rincón sin hallarla, perdida yacía bajo las aguas; tan solo un mechón rubio de su pelo, el agua devolvió a la tierra. Rosas invadieron las aguas, rosas rojas al igual que lágrimas fueron derramadas...

Cada luna llena, el sonido de un violín resurgía de entre las sombras, el viento transportaba su sonido, su dulce sonido triste y melancólico.

Años pasaron, décadas, hasta que una noche de luna llena al abrigo de la melancólica melodía, una hermosa niña nació, una niña de cabellos rubios y ondulados como las aguas del mar, con unos ojos verdes, profundos.

Desde que sus ojos vieron por primera vez cada luna llena, frente a la ventana estaba ella, escuchando ese sonido tan hermoso, tan dulce. Andaba por las calles cantando la triste canción que en las noches escuchaba, mas un dulce sondo manaba su voz.

Sus padres le compraron un violín como regalo de cumpleaños, un hermoso violín de madera que pronto comenzó a tocar sin haber sido enseñada por nadie.

En el pueblo se contaba que una maldición caía sobre los niños nacidos bajo la luna llena, pues al igual que la otra joven, ésta seguía sus pasos.

El reloj del tiempo fue corriendo segundo tras segundo y así los años fueron pasando. Un día como otro cualquiera, en el que el padre de la chica venía de trabajar ocurrió algo terrible, pues un extraño accidente acabó con su vida. La joven junto a su madre lloraron su muerte, y al cementerio, rosas llevaba todos los días. Desde ese momento una gran tristeza llenó su corazón, lágrimas derramaba

donde quiera que fuese, lágrimas frías que por su propio peso caían al suelo. Abandonó el violín, no lo volvió a tocar en varios días.

Una noche, la luna empezó a asomarse por el horizonte, habían transcurrido dieciséis años desde la última vez que se mostró tan grande y hermosa; dieciséis años desde la muerte de la otra joven y la palidez de la luna.

La triste chica permanecía en su habitación con la ventana abierta y no pudo evitar escuchar el violín que años llevaba sonando en las sombras... Lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, lágrimas plateadas, cogió su violín y salió, se fue hacia la playa. Mientras corría, el sonido del violín cada vez se hacía más fuerte y profundo, un sonido dulce y triste a la vez.

La chica llegó sin aliento a la playa, pero aún así tuvo la suficiente fuerza para alzar en un último grito de dolor, su violín y tocar aquella melodía que incesantemente con cada luna llena renacía. Los dulces sonidos se unieron en uno, un único sonido de gran potencia que resonaba entre los acantilados y las piedras; un sonido que enfureció a las aguas, agitándolas cada vez más y más. Poco antes de la media noche, uno de los violines cesó, pues la chica había caído rendida ante la arena, mientras las estrellas vislumbraban su pálido rostro. Cayó en un sueño, un sueño tan profundo, que no se dio cuenta de que de nuevo la marea la engullía.

La historia cuenta que cada dieciséis años, una hermosa luna antecede el nacimiento de una bella dama, de cabellos rubios y profundos ojos verdes. Cuentan que cada dieciséis años, una hermosa dama muere y otra igual nace, mientras se escucha el dulce dolor de la muerte y la vida interpretado por las cuerdas de un violín.

****F I N****

Para todo Escritor hay Lectores.

Imprimir

LAS HISTORIAS QUE ELLA CUENTA

La penumbra es el hogar de muchas y muy diversas creaturas.
Dedico estas letras a todas aquellas con las que
he compartido tesituras negras.
Ericka Villegas.

DE GUERRA Y LUNA

Por Ericka Villegas
País: D. F., México

"Luna, de lepra que llevo dentro
Luna, que sólo tu luz me exima
Soy vulnerable a tu hechizo
En la lava de tu sangre estoy perdida
Oprimida, cautiva.
Estoy sumergida, en ti".

"Luna". Canción escrita por
E. Villegas y T. González

La puerta se azotó con furia inusitada contra el marco de hierro y Almendra caminó escalera abajo poniendo fin a la desagradable escena que apenas unos segundos antes le había tocado afrontar. Atrás quedaba el "Refugio" con su calidez, con su ilusión de seguridad y confianza. Las luces estaban encendidas, ellas seguían ahí. Incluso escuchó antes de atravesar el patio que Blanca le gritaba por su nombre, entre fúrica y escandalizada, pero no quiso volver la vista atrás. Abrió la puerta del zaguán que daba a la calle y cerró con otro portazo. La noche era... ¿Fría? Quizá. En medio de la maraña de pensamientos que tomaban por violento asalto su lucidez, no podía percatarse de nada más. Llevaba las manos metidas en su abrigo, pero con los puños crispados de rabia más que causa de la temperatura. A duras penas alcanzó a razonar un poco sobre su destino. Adquirió una tarjeta telefónica y desde un aparato público marcó a casa de Fernando. Nada, Las dos líneas de su casa estaban ocupadas. -*Pinche Fernando*- Pensó. -*El wey ha de estar metido en internet y hablando por teléfono al mismo tiempo. Bueno, él que iba a saber y está en su pinche derecho*-. De nuevo un golpe, ahora del auricular al caer violentamente en su lugar. Almendra pensó que podría llamarle más adelante, pero lo importante era salir, alejarse del sitio lo antes posible. Parece mentira, ahí, detrás suyo, se quedaba algo que le resultaba muy valioso, mejor dicho, alguien e inestimable: Alicia y los maravillosos años de amor a su lado, pero no se quedaba sola, sino, al parecer, muy bien acompañada. De sólo recordar, la rabia arreboló sus mejillas. Comenzó a dolerle el estómago con una punzada quemante, rígida, implacable. Quiso gritar, golpear, morir o matar ¿A quien? ¿A manos de quien? Daba lo mismo, a fin de cuentas el azufre líquido que circulaba por sus venas no era capaz de reconocer distingos.

La pequeña callejuela que le llevaría a un sitio adecuado para abordar el autobús estaba desierta y en penumbra absoluta. Calculó que serían las 11:30. Joaquín la había invitado a cenar en compañía de Luis y la dejó frente al Refugio alrededor de las 10:30. -*¿Y si le llamo?* - Su mano derecha se aferró a la tarjeta semi nueva que era, a todas luces, su único contacto con el resto del mundo. -*No, a esta hora debe estar ya en su casa, con sus hijos y, además, no podría contarle lo que me sucede. No ahora.*

Atravesó como una sombra la distancia que la separaba de su vía de escape mientras pensaba en Joaquín. Era un hombre bueno, cálido, amable, dulce, atento y elegante que, desde el principio había

mostrado interés por ella. La cuidaba como a una reina e incluso la llamaba así. Vinieron a su mente los versos de Neruda que él solía recitarle como entre juegos, sólo por complacerla:

"Yo te he nombrado reina.
Hay más altas que tú, más altas.
Hay más puras que tú, más puras.
Hay más bellas que tú, hay más bellas.
Pero tú eres la reina.
Cuando vas por las calles
Nadie te reconoce.
Nadie ve tu corona de cristal, nadie mira
La alfombra de oro rojo
Que pisas donde pasas,
La alfombra que no existe.
Y cuando asomas
Suenan todos los ríos
En mi cuerpo, sacuden
El cielo las campanas,
Y un himno llena el mundo.
sólo tú y yo,
Sólo tú y yo, amor mío,
Lo escuchamos".

Rió en medio de su furia al recordar a Joaquín recitar ese fragmento de "Los Versos del Capitán" -*Ah, conque las hay más bellas, más altas y más puras ¿No?*- Había dicho y le gustó recordar como, tras ruborizarse, Joaquín le había respondido: -*Bueno, eso dice el verso, pero yo... no le creo ni una palabra*-. Era muy gentil, demasiado para permitirse llamarle y que acudiera en su ayuda, aún cuando no le quedaba duda de que lo haría. -*No ahora*-. Se repitió. Abordó el camión sobre Calzada de los Remedios y entró en un estado de semi conciencia.

Muy pronto el transporte llegó a Paseo de la Reforma y en poco la llevaría a su destino: la esquina de esa famosa avenida y la calle de Niza.

Al llegar descendió del autobús. Aunque se hallaba menos histérica, no estaba por mucho más tranquila. Aún su estómago clamaba de rabia y se percató de que las manos le temblaban. En ese momento sintió frío y, al llevar las manos al interior de su abrigo, se encontró con el cúter que Sonia, su mejor amiga, le regalara días atrás. -*Tómalo, wey y llévalo siempre contigo. En caso de que tengas un problema con alguien alguna vez, no lo saques en vano, dos tajos directo a la yugular.*

Agradeció dos veces en silencio; la primera a Sonia por la herramienta y el consejo. Quizá le sería útil al momento de cruzar la Glorieta de Insurgentes. Enseguida dio gracias a Dios, por no haberla encontrado durante la discusión en el refugio. Caminó hasta Florencia, sobre el corazón exacto de la llamada "Zona Rosa" A esa hora del domingo (Quizá ya lunes) era poca la gente que deambulaba por la calle. Con su paso recio, la melena suelta y su estatura poco común entre las chicas, Almendra imponía más temor que sentirlo. Si alguien osaba mirarla, ella le clavaba la vista con rabia, como esperando un pretexto para avalanzarse sobre él. Nadie se acercó.

Al llegar a la Glorieta, sintió un poco de miedo. Sabía que la oscuridad del lugar, servía de refugio a muchos malvivientes y que no les habría de caer bien ser perturbados en su descanso. Aceleró el paso y su mano izquierda (La diestra) empuñó con decisión el cúter. Si tenía que morir o matar, lo mejor era que sucediera de una buena vez, quizás así, el dolor en el estómago terminaría por fin. Bajó los

escalones sucios y recorrió la explanada vacía. Aunque sabía que por todo el derredor dormitaban incontables posibles enemigos, el miedo quedaba atrás. Ahora estaba incluso ansiosa de que alguien le hiciera frente. Imaginaba lo que sería caer, víctima de alguno de ellos, sentir dolor, sí, pero solamente en principio y no mayor que el que roía sus entrañas, después sería casi delicioso sentir languidecer sus piernas, en un descanso absoluto e inevitable; Sentir como su vientre liberaba la presión y su pecho dejaba escapar la ira. Con los ojos fijos en la bóveda celeste, diría adiós a todos sus cariños: A Fernando, su dulce y leal Fernando, a Sonia, su aguerrida amiga y compañera de mil batallas. Al maravilloso Joaquín que la hacía soñar en cuentos de princesas y caballeros medievales. A todos sus amigos de la cercana Colonia del Valle. La banda. A su queridísimo, inapreciable Saúl, el grande y pequeño Saúl, el amigo más cercano a su corazón. Sintió dejarlo, se iba a quedar tan solo sin nadie con quien platicar sobre la "Verdad y sus arcanos". Ah, lo acababa de ver hacía unas horas y le quedaba la inmensa satisfacción de haber bebido con él la última copa. -*Podría morir mientras la bebo en tu compañía, amigo*- Pensó. -*Pero sin hacerlo, nunca*-. Sin embargo, nada sucedió, nadie perturbó su camino y al cabo de unos minutos ya estaba del lado sur de Insurgentes. En Alicia prefirió no pensar, no deseaba evocarla. Si tenía que caer aquella noche, prefería hacerlo con la rabia puesta y el recuerdo de su amor por ella la llenaba de dulzura, de paz. Lloraría si se permitía dedicarle un pensamiento. Estaría triste y melancólica, tal y cuando se sorprendía, de noche en noche, languideciendo de pasión ante la luna.

-*Diríase que es la misma pasión*.- pensó, cuando su intención fue traicionada y el rostro amado de Alicia ocupó su mente. -*Que son la misma cosa.*

Trató de llamar de nueva cuenta a Fernando, pero en vano. Las líneas seguían ocupadas y entonces se le ocurrió que era necesario cambiar de planes. Dudó un instante, pero después, sus dedos trémulos invocaron sobre el teclado del teléfono el conjuro de Damián.

Damián era otro de sus mejores amigos, gran compañero. Sabía que podría confiar en él, pero volvió a dudar y colgó la bocina antes de que le respondiera. Vivía solo en un cuarto pequeño. Alcohólico desde hace muchos años, solía departir con Almendra y Saúl al calor de unas "chelas", a veces durante días enteros. Lo había visto también por la tarde y él le contó que llevaba tres días sin dormir, en una libación incesante, solamente ayudado para mantenerse en pie por las dosis de cocaína en vez de alimento alguno. No sólo no deseaba molestarlo a esa hora en vista de su lamentable estado, sino que, además, era consciente de que tendría que beber con él para ahogar las penas en alcohol. La sola idea le causaba repugnancia. Imaginaba que su estómago terminaría por reventar si lo agredía de semejante forma y lo que más deseaba era descansar. Volvió a marcar los números de Fernando con idéntico resultado: Nada.

Por fin se decidió y llamó a Damián. -*¿Y por qué no?*- Se pregunto. Tenía ganas de revolverse las entrañas hasta echar fuera de sí esa sensación de nausea insostenible. Tal vez, con la compañía de un buen amigo y mucho alcohol podría lograrlo. La voz de él sonaba cortada, como si acabara de despertar, pero no se sintió culpable. -*Si está durmiendo*- Razonó. -*Lo más seguro es que ya no tenga dinero para seguirla. Yo tengo y le dará mucho gusto no beber solo.*

Le explicó que tenía un problema y que necesitaba refugio. Damián le ofreció su casa agregando:

-*Además, wey, yo tengo aquí una botella de tequila y varo. Si quieres, platicamos al calor de unas chelas ¿Va?*
-*Va wey, te caigo.*

Almendra colgó y se dispuso a abordar otro autobús que la llevara a casa de su etílico amigo. No sabía como se sentía. Su cuerpo era un reclamo absoluto de cansancio tal que no le permitía percibir ninguna otra cosa. Abordó el transporte y se sentó. Poca gente viajaba en él, pero al cabo de un rato notó que era el centro de todas las miradas. En ese momento volvió en sí y se percató de que repetía una y otra vez, como una autómata, un par de palabras en voz alta: -*No es cierto. No es cierto. No es...*-. Calló.

Al llegar a la Colonia del Valle, caminó arrastrando los pasos en dirección de la casa de Damián. Volvió a llamar a Fernando y, para su sorpresa, la llamada entró.

-*Bueno*- La voz de Fernando no era somnolienta, seguramente aún trabajaba frente a su computadora.
-*Ho... Hola, Fernando, soy... Almendra.*
-*Chiquita ¿Cómo estás? ¿Dónde estás?*-. Fernando sonaba entre cordial y preocupado.
-*Estoy en... Estoy frente a la casa de un amigo, wey. Tengo un grave problema.*
-*¿Pero estás bien? ¿Puedo ayudarte en algo?*
-*Fernando... Alicia... Alicia me dejó y, ahora es pareja de... de Blanca.*

En ese momento y sólo hasta ese momento, el nudo que Almendra tenía en el estómago se desenredó de golpe y ella lloró por primera vez en toda la noche. Gimió frente al auricular donde su amigo la escuchaba. La emoción explotaba por fin y Almendra ya no era presa de la furia, sino de la desesperanza. Odiaba sentirse vulnerable, pero no pudo contener las lágrimas, por esta vez no hubiera querido hacerlo. Llorar era para ella como volver de un mal viaje, sentir de nuevo su propia carne no como una colección de dolores y fatigas, sino como un terreno yermo, ávido de lluvia. Sintió como pasaba del coraje a la tristeza y prefirió a ésta última, le serviría más su paz que la guerra de la ira. Le sería más fácil reposar como quiera que decidiera hacerlo.

Fernando la dejó llorar hasta desahogarse y una vez que calculó que lo peor había pasado, intervino.

-*Oye, chiquita ¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Tienes donde pasar la noche?*
-*Bueno, sí... Yo pensé en Damián, un amigo en la Colonia del Valle, el problema es que...*
-*Ok, si ya decidiste eso, está bien, pero creo saber como son esos amigos tuyos, me voy a permitir darte un consejo: Almendra, no vayas a beber. Pase lo que pase, no bebas ¿Estamos?*

Almendra guardó silencio unos segundos y después respondió:

-Temo que no será posible, Fer. Damián me lo propuso desde que le hablé. Es su mejor forma de acompañarme, de todo corazón.
-Entonces no vayas, vente a casa. Aquí duermes en la sala, me cuentas con calma y descansas. No puedo permitir que te intoxiques. Márcame al llegar y te abro. Dejaré las líneas telefónicas libres.

Almendra asintió y colgó el teléfono. Era una mejor solución. La luna brillaba en la cúspide del firmamento y verla le infundía una gran paz, un estado de suprema elevación. Deseaba dejar, al contemplarla, esa que había sido su vida de desórdenes y aventuras. Soñaba en escribir cantos de amor y tenía la esperanza de que la vida algún día, mejor dicho, alguna noche plateada de efluvios lunares, la vida sería mejor.

Estaba tan cansada. Miró en dirección a casa de Damián y lo amó profundamente en silencio. -*Amigo querido*- Pensó. -*Sé que me das lo mejor que tienes y que me quieres de verdad, pero esta vez no puedes ayudarme. Queda en paz. Te quiero*-. Meditó un poco más en Damián. Mil cosas se decían de él; que era un golpeador de mujeres (Incluso había golpeado a Lourdes, una amiga suya que fue su pareja por años) que era un adicto, arrogante, irresponsable y quien sabe cuantas cosas más, pero también era dulce, cálido, capaz de ofrecer su amistad sincera y nunca, en su papel de amigo, le había conocido una deslealtad. -*No me importa como seas Damián*- Dijo para sí. -*Te prefiero a ti mil veces que a Blanca y su pequeño mundo acartonado donde cabe la traición.*

Llamó brevemente para cancelarle a Damián y después tomó un taxi que la llevaría a la Colonia Condesa, donde vivía Fernando.

-¿A donde señorita?
-Lléveme por favor a la calle de Saltillo.

El taxi arrancó y dentro se vivía un ambiente tenso. El chofer miraba por el retrovisor constantemente notando el incesante jadeo de Almendra y que era resulta de su mal contenido llanto. Ella lo miraba a su vez, pero ya no con rabia, como lo había hecho con todos los desconocidos con que se topara esa noche, sino que, por más que lo intentaba, sus ojos reflejaban sólo una lánguida tristeza. El chofer entró en confianza y se atrevió a preguntar:

-Señorita ¿Está usted bien? ¿Acaso la dejó su novio?

Se hizo un silencio breve y ella, con voz entrecortada respondió después:
-No, no exactamente. Me dejó mi... mi novia.

A través del retrovisor notó la expresión de asombro del taxista. Se dice que en ese oficio, se ve de todo y que uno se acostumbra a todo, pues bien, este taxista debió ser nuevo porque no supo que decir, se notaba a leguas que no sabía como tratar a una mujer que se relacionaba amorosamente con otra. El resto del viaje transcurrió sin una sola palabra más entre ambos.

Al doblar la última esquina antes de llegar, aproximadamente 15 metros antes de la casa de Fernando, Almendra lo vio de pie, esperando. Pidió al conductor que detuviera el taxi y entonces lo contempló sin decir nada. Se notaba que tenía frío porque se frotaba con vigor los brazos desnudos -*Como siempre, no es para abrigarse*- pensó y una sonrisa breve le iluminó el rostro. Fernando era pequeño, no tanto de estatura como en lo más hondo de su ser. Le semejaba un bebé de brazos tamaño extra grande. Era muy ingenuo y esa ingenuidad despertaba en Almendra un intenso deseo de protegerlo contra un mundo que él no entendía del todo, una ternura descomunal.

Sentirse empoderada y protectora, la devolvió al imperio de la rabia. Dejó de llorar y su mirada sufrió una mutación. Pidió al chofer que siguiera de largo y tomara rumbo de Avenida de los Insurgentes. No se quedaría en casa de Fernando. Su espíritu ardía en clamor de guerra. Lo dejó ahí parado y ni siquiera se tomó el tiempo de llamarle por teléfono para avisar que no llegaría.

Durante el trayecto llevó siempre la cabeza semi gacha. No deseaba volver a contemplar la luna. Le recordaba el dibujo que una vez hiciera para Alicia: Una pirámide prehispánica rodeada de símbolos y encima de todo, la luna enmarcando el rostro de Alicia, dueña del cuadro. Almendra nunca se distinguió como buena dibujante, de hecho, la obra era bastante elemental, a base de trazos con regla y, para la luna usó como guía una moneda. La sola insinuación de que su bello y angulado rostro similara en redondez a la luna llena no le complació a Alicia, pero, consciente de las limitaciones plásticas de su autora, rió divertida al verla. Almendra Le habría colocado en la cima a la construcción su propia efigie en un acto de culto lunar de haber sabido cómo, pero nada importaba, sólo que Alicia se sintiera agradada.

La rabia crecía a pasos agigantados. Despreció todos esos recuerdos y los quitó de sí a manotazos como se sacude el polvo.

-*Lléveme a Medellín e Insurgentes. Ahí me quedo.*

Justo detrás de esa conocida esquina se encontraba "El Bull" un pequeño bar maloliente y de ínfima categoría que, en otro tiempo, Almendra visitaba con frecuencia acompañada por sus queridos Saúl y Damián. Eran tiempos de risa, de juegos, de borracheras divertidas a veces en grupos mayores, cuando solían ir Javier, Norma, Lourdes, Ana (La encantadora y divertida Ana) Tony y muchos amigos más. Era la primera vez que iba sola y para nada buscaba diversión, simple y llanamente alcohol.

-*En la esquina está bien, gracias*- le dijo al chofer y este se detuvo. Antes de permitirle descender anunció su tarifa y, mientras ella hurgaba en las bolsas de su abrigo buscando dinero, la miró compasivo y dijo:

-*Señorita, no sufra. Todas son iguales.*

Almendra lo miró a los ojos y el chofer se agachó apenado. A fin de cuentas ella, aunque tuviera por pareja a una mujer, era otra. Era un hecho, nunca había tratado con "raritas" y no sabía qué decir. Recibió su paga y se perdió a la distancia una vez que Almendra hubo bajado.

Pensó en llamar a Damián, pero entendió, al enterarse de que aún le quedaba dinero y alcohol, que esta vez interrumpía su francachela por cansancio, así que desistió. Entró al bar y contra su costumbre se dirigió a la barra. Pidió un "submarino". Aquella mezcla de cerveza y tequila, para hacer honores a su nombre, requería ser bebida, a ser posible, de un sólo trago. No era necesario pensarlo, tomo el asa del tarro y bebió sin importarle que buena parte del líquido espumoso derramara sobre su abrigo. Lo siguiente fue pedir una cerveza. Levantó la vista y contempló a la concurrencia. El submarino había trabajado rápido.

-*Pinches borrachos*-, se dijo con sorna. -*Ya no deberían de beber una sola gota más de alcohol. Ya hasta se ven borrosos.*

Al cabo de un rato, tres submarinos y 5 cervezas, ya le costaba mucho trabajo mantenerse erguida. Algunos parroquianos quisieron abordarla, pero ella los rechazó. Cuando uno de ellos osó tomarla de la mano, la furia se multiplicó por mil. Lo retiró de un empellón y entonces pensó en salir del lugar. La entrada estaba muy lejos de su torpe alcance y resguardada por la clientela que ya se amontonaba

para esa hora. Miró hacia atrás y notó la "Salida de Emergencia" que no era otra cosa que una entrada al enorme edificio de oficinas y despachos del que "El Bull" formaba parte. Nadie estaba interesado en ello y nadie cuidaba esa puerta. -*Si cruzo por esa puerta*-, se le ocurrió de pronto -*podré salir por la entrada principal del edificio que seguramente estará desierta*-. Con mucho cuidado llegó hasta la entrada y al notar que nadie ponía atención en sus actos, sin recato alguno la cruzó de una zancada.

Llegó a un amplio pasillo muy iluminado y decorado con canceles vetustos que parecían de otra época. Evidentemente la construcción era antigua. Se dirigía ya hacia la puerta de salida cuando se encontró con el anacrónico elevador. Se detuvo de golpe. Aquel edificio era enigmático, interesante sobremanera. Oprimió los botones de llamado de ascensor y notó como, de una placa enorme de aluminio que tenía perforaciones con la forma del número de cada piso, comenzaba a descender una traviesa lucesilla que asomaba periódicamente en cada muesca. Por fin la puerta se abrió ante ella, pero Almendra no quiso entrar. Imaginó por un instante sentirse presa de ese... receptáculo espantoso y dando la vuelta, se alejó. De nuevo tuvo intención de salir por la calle de Querétaro, pero justo unos metros antes se topó con un nuevo descubrimiento: La escalera.

Comenzó a ascender con mucho sigilo pensando que, si se topaba con alguien, la aventura terminaría, o en la calle, o en un separo delegacional, sin embargo, al parecer el edificio estaba completamente desierto. Escuchaba el eco de sus pasos resonar por todo el hueco de la escalera y en un principio se estremeció de miedo, pero después le pareció que estaba dentro de una película de "espantos" e incluso se divirtió. Subió uno, dos, tres, cuatro pisos y comenzó a sentir cansancio. Entonces pensó en explorar los pisos para saber qué clase de despachos se situaban ahí y comenzó a recorrer el pasillo, empero no hubo nada que llamase particularmente su atención. De pronto se encontró con una hojilla de papel tirada. La levantó emocionada, ahora su película particular era de misterio y ella era una detective en busca de pistas a seguir. La desdobló y se dio cuenta de que era una nota de estudiante. Sobre su superficie cuadriculada se leía en torpes trazos a lápiz: *"Blanca, te amo"*. De nuevo rabia. Arrugó la hoja y la aventó lejos de sí con violencia. Entonces recordó su tragedia y se rebeló contra ella con toda su fuerza. Vino a su mente el rostro de Blanca y la maldijo. Recordó aquel día en que, en un momento de confianza, le confesara su preferencia sexual.

-*Me gustan las mujeres y tengo una pareja* -le espetó con timidez. -*Se llama Alicia*

Blanca en principio no dijo nada, sólo pensaba, sólo miraba a Almendra con un gesto que revelaba espanto, pero después, en una suerte de acto de autodefensa, soltó:

-*Bueno, pues está bien, si así te vives ok. ¿Sabes? En realidad yo soy bisexual*- En esta ocasión la cara de desconcierto corrió por cuenta de Almendra. -*Me da lo mismo un hombre... que dos.*

Rieron de buena gana por la ocurrencia y se relajó el ambiente entre ambas.
Almendra regresó de su evocación y se derrumbó golpeando con las palmas abiertas la pared. Se quedó ahí un tiempo, sollozando, pero más de despecho que de tristeza.

-*Pinche Blanca mustia, mosquita muerta*-. Musitó, pero después, se separó de la pared y con toda la fuerza de su voz gritó: -*Pinche Blanca ojeeeeeeeeeeeeeeeteeeeeeeeeeeeee.*

Reanudó el ascenso. Ahora subía a pasos acelerados. El coraje le daba la fuerza de que sus piernas carecían y a cada aviso de entumecimiento respondía con una zancada mayor. Dejó de contar los pisos, ya sólo eran una sucesión de escalones que se repetía una y otra vez. Huía, deseaba ir lejos ¿Hacia donde? Hacia cualquier lugar, incluso arriba, el caso era estar lejos de... ¿De ella misma? ¿De ese ardor en la boca del estómago que ya amenazaba con no abandonarla jamás? Un rotundo disparate, pero ¿Acaso algo en toda la noche no lo había sido? Era preferible intentar que resignarse. Subió y subió.

Al cabo de un rato, comenzó a percibir un aroma extraño, como a quemado. Le perturbó, pero no se detuvo. El olor era en exceso pronunciado, era como si... como si se hubiera quemado el edificio. Pronto comprobó que tenía razón. Al llegar a uno de los pisos se encontró con una barrera hecha de tablas y se terminaba la luz. Las paredes a su alrededor estaban impregnadas de ceniza, segura señal de que recientemente ese piso se había incendiado. Estaba al final de su camino. Se sentó en la escalera a descansar. Las piernas le dolían mucho más que antes de abordar el taxi y el corazón le parecía estallar.

-*¿Y ahora que sigue?*- Se preguntó y comenzó a evaluar posibilidades. Podía dormir ahí en vista de que la simple idea de bajar la rendía. Pensó en sobreponerse y descender para buscar un hotel en la zona de Tlalpan. Pensó en... ¿Será posible? ¿Y por qué no? Se levantó y empujó las tablas con toda su fuerza. Tenían algo detrás. Volvió a arremeter contra la barrera una y otra y otra vez. Notaba como lentamente comenzaba a abrirse paso y luego de varios intentos, en medio de un estruendo al chocar contra el suelo, la traba calló.

Adentro la pestilencia era insoportable. Se negó a pensar en la naturaleza de lo que ahí había ardido, podrían ser muebles, instalaciones eléctricas e incluso personas. La penumbra era absoluta y los escombros representaban una nueva dificultad al paso. Caminó a pasos cortos, tentando el terreno antes de pisar. Escuchaba ruidos discretos pero constantes, como de múltiples diminutas creaturas que evadían su presencia. ¿Serían ratas? ¿En un quinceavo piso? Prefirió no pensar más en ello. Los escalones continuaban. El diseño arquitectónico era el mismo, pero nada más era igual. Pensó en Dante, en su transición del purgatorio a los infiernos y concluyó que tenía que haber sido similar. Del aire quimérico de los pisos bajos ahora transitaba a la desgracia absoluta.

Se encontró con muchas vallas de muebles calcinados cortando el paso de acceso a los apartamentos. La penumbra volvía a romperse, al fondo de uno de ellos, se veía un poco de claridad. Almendra se dirigió hasta ahí y cayó en cuenta de que la luz de la luna -*Otra vez la pinche luna*- entraba de lleno por lo que había sido una ventana y hoy era poco más que una simple tronera. Removió los obstáculos con ansiedad. Ahora sentía la imperiosa necesidad de asomarse a la calle desde ahí. Entró en la habitación, de nuevo pisadillas huyendo. Se abrió paso hasta llegar a su objetivo y, una vez dentro, asomó a la calle.

El espectáculo era magnífico. Insurgentes iluminado en todo su esplendor y el tránsito escaso. Almendra rió primero leve, después cada vez más fuerte hasta que soltó la carcajada. Reía de su desgracia, de la suerte de haber llegado hasta ese lugar, de miedo. No se atrevía a mirar atrás para no volver a caer en cuenta de que estaba atrapada en medio de la nada.
Miró la tierra firme, muchos metros abajo y cayó en que sólo le quedaban dos caminos para volver a ella: De vuelta a través de la escalera y la vía directa, un leve salto hacia delante. Reía también de la luna y sus vanos intentos de disuasión. Ella era rabia toda y lejos estaba de la paz. Era una criatura de la noche y odiaba esa luz que profanaba su penumbra. Ella era guerra, desorden y caos. Nada tenía que ver con la fuerza que rige el ciclo de las mareas. Quiso escupirla y, con su esputo, arrojar de sí todos sus deseos de ser buena. Volvió a reír, pero esta vez de su ridiculez. Cómo se había atrevido a pensar que su vida podía ser distinta. ¿No era verdad acaso que su inconsciente la había llevado justo

al centro de su naturaleza? Primero la casa de Damián y después el "Bull" dejando de lado a Fernando y su mundo blanco y al... sí, al mundo elevado y contemplativo de Alicia. Ahora sabía que no era obra del azar, llegaba al "Bull" justo porque Alicia odiaba ese sitio, era la antitesis exacta de todo lo que ella representaba. De guerra y luna, Almendra era de guerra y luna. De guerra esa búsqueda incesante de vértigo que siempre la metía en problemas, esa ansia de libertad que la llevaba a romper con todo y con todos, excepto con Damián, Sonia y Saúl. Ellos eran de su misma especie. De luna era a su vez, por sus deseos de elevación, por su apego a la poesía. Por Joaquín, por Fernando, por Alicia. Porque deseaba dejar atrás el caos y redimirse. -*Algún día*- Recordó haberle dicho a Fernando en una tarde placida de convivencia. -*Seré psicóloga ¿Sabes? Terminaré la carrera y entonces haré una especialidad. ¿Me imaginas a los 45 años como Silvia Cobian o Anabel Ochoa? Dejaré atrás el alcohol y me dedicaré a estudiar muy duro*-. Ahora le quedaba claro, lo suyo era rodar.

Su risa fue mermando mientras más centraba su atención en la luna, realmente espléndida en aquella hora de la madrugada. Le fascinaba, estaba visto. Pensó en acercarse más y trepó a la ventana, se sentó con todo el cuerpo de fuera en ella y se meció como en un columpio. Ni siquiera pensaba en el vacío, sólo estaba la luna enfrente, redentora y detrás la perdición. Hubiera querido ser recogida por un halo lunar y ser llevada lejos de todo lo que representaba destrucción. La sensación en su vientre y su evidente embriaguez eran constancia de su miseria, pero su deseo de exhaltación gritaba fuerte, su amor gritaba fuerte, su avidez de luna gritaba más fuerte aún. Recordó haber leído una historia sobre una lucha similar, entre una diosa lunar, Coyolxauhqui, tutelar del pueblo de las Garzas Níveas, Aztlán, y un recién nacido dios de la guerra: Huitzilopochtli. En aquella ocasión la guerra había prevalecido por sobre el equilibrio lunar. Coyolxauhqui fue desmembrada por su rival y hermano y sus extremidades fueron dispersadas a lo largo y ancho de lo puntos cardinales. Había nacido la era de los guerreros y fenecía la de los poetas. (En realidad los textos no lo describían así, era una percepción muy suya) e incluso, en el Museo del Templo Mayor se encontraba una representación circular en altorrelieve de la caída de la diosa Coyolxauhqui. Sintió verdadera pena de notar que la historia se le repetía en el corazón. Atrás quedaban sus edades de pureza y sólo prevalecían ya las incesantes batallas. Nunca sintió la luna tan lejos como entonces, pero nunca la deseó más que a esa hora y en ese sombrío lugar. Ahora su risa mutaba en llanto, un llanto terrible que le estrujaba el alma, no había más. Siguió llorando suspendida sobre esas alturas por una endeble estructura de ventana rota. Sintió deseos de morir y miró hacia abajo. De nuevo rabia, ahora aderezada con una inmensa sed de venganza. Sabía lo que tenía que hacer; se lanzaría hacia abajo y moriría. De este modo habría de darle una lección a Alicia, a la propia Blanca. Ambas sabrían que le habían causado dolor, que habían traicionado su confianza. Vería llorar a Damián, a Joaquín y a Fernando. Conocería el sordo dolor de Saúl, tan grande que le impediría incluso llorar. Comprendería que todos pertenecían de igual modo a su mundo, al mismo espacio en diferente tiempo y nadie estaba exento de coincidir con la pureza y el escarnio. Alicia sería expulsada hacia el mundo oscuro y absoluto de la perdición y casi lo gozó. Por fin ella sabría, conocería ese maleficio que le llevaba a destruir en un momento cosas que le tomaba años edificar. Recordó una canción de Bunbury y echó a reír porque le venía como guante a la situación:

Alicia es siempre tan breve que ya ha terminado
Alicia dice que te quiere cuando ya te ha abandonado
Alicia expulsada del País de las Maravillas
Para Alicia hoy, es siempre todavía".

Pensó entonces en su cuerpo despedazado contra el pavimento y se estremeció. Lo imaginó destrozando un auto al caer y pensó en que todo aquello era absurdo. Incidiría en la vida de mucha gente de una manera absurda, violenta y ridícula. ¿Y si se reían de ella? ¿Y si libres por fin, Blanca y Alicia la olvidaban para siempre y reanudaban su vida? No es que ella quisiera ser un obstáculo para

nadie, y menos aún para Alicia, pero ¿Y ella? ¿Ya no habría nada más? No podría reconstruir nada, porque nada sería ya. Nunca sería psicóloga y tampoco nunca volvería a beber ni a correr aventuras ¿Se declaraba empate? Odió con toda su alma ese eventual desenlace mediocre. Pensó entonces en llorar y diluirse poco a poco y caer al suelo en forma de lluvia, de rocío matinal. Sí, permanecería ahí por siempre y se erosionaría lo mismo que las Gárgolas en Notre Damme. Fluiría, líquida hacia tierra, para luego, con el llamado de sol, ascender al firmamento. Se permitió a sí misma la ensoñación más como un consuelo que como una alternativa. Lástima. Qué verdad y qué mentira dice Calderón de la Barca: *"Porque la vida es sueño, y los sueños, sueños son"*. Cuando el dolor rebasa el margen de la pesadilla y la belleza se viste de quimera.

Comenzaba a amanecer, el cielo se fue tiñendo de rojo y el canto de los pájaros anunciaba el dominio del alba. Era el momento de decidir.

Tiritaba de frío. Era curioso, pero justo ahora que el sol comenzaba a calentarla, se hacía consciente de la incesante tortura del cierzo. Tenía todos los miembros entumidos. Quiso moverse y volver dentro del edificio, pero su cuerpo aterido no respondió. Sintió angustia ¿Cuanto más iba permanecer colgada ahí? Por vez primera sintió miedo de caer más que vergüenza. El pulso comenzó a acelerarse. ¿Dónde quedaba la rabia? ¿Y la tristeza? No cabe duda de que el pánico es una entidad mayor que ambas. Sus dedos estaban hartos de sujetarla, los miró y notó que estaban rojos e incluso habían comenzado a sangrar. Se sintió sucia, miserable con la peste del alcohol y el tabaco impregnado del "Bull". Ay, y el dolor de cabeza. No tenía apetito, lo cual ya era una ganancia, pero su cuerpo estaba más pesado que nunca. Todo parecía indicar que no ella, sino el cansancio estaba a cargo de decidir. Soltó la ventana por un segundo y, al sentirse caer se aferró de nuevo. Pensó en cómo luciría con el cuerpo roto igual que Coyolxauhqui y se aterró. Deseaba vivir. Ahora que ya estaba amaneciendo las cosas se veían desde otra perspectiva. Tal vez habría futuro (Si bajaba de ahí, claro) quizá todo era cosa de empezar de nuevo y concentrar su furia en la reconstrucción de sí misma. Tensó su cuerpo y, con un gran esfuerzo pudo incorporarse lo suficiente para poder introducir los pies al edificio, acto seguido y, una vez dentro, se dejó caer. El esfuerzo había resultado exhaustivo y finalmente se rindió al cansancio. Renuncio a todo intento por incorporarse, respiró hondo y exhaló para después rendirse al sueño. Durmió ahí, sobre la cúspide del mundo, de su mundo, todo el día. Ya despertaría con el ocaso y, entonces volvería a vivirse en mitad de la batalla entre los opuestos polos de sí misma, se dio cuenta de que sería una lid permanente, tanto como lo fuera su propia vida. Ya llegaría el tiempo de valorarse a sí y valorar a los demás. Había contemplado el mundo en claroscuros tenues, matizado por primera vez, con una percepción completamente diferente al blanco y negro absolutos que siempre creyó únicos. La traición cabía pues, entre la gente que se ufanaba de su equilibrio y los perversos (Como Damián) eran, tal vez, los más capaces de dar. Habría que pensar en los motivos que tiene cada quien para pasar del blanco al negro en un instante y del negro hacia la redención. Quizás Blanca habría tenido sus razones ¿Cómo saberlo? Tal vez la soledad, la desesperación, el encanto innegable de Alicia y ante el que ella misma se encontraba susceptible. Después de todo, Blanca siempre había sido una buena amiga, pero, tal y como ella misma, era humana. Posiblemente llegaría a comprender que no era quien para emitir una sentencia definitiva sobre quien a su vez, padece la traición de sus propias emociones.

Reflexionaría también en Alicia y entonces tendría que comenzar por darse cuenta de que, de algún modo, ella misma, con sus múltiples desórdenes, había cambiado las reglas del juego y que no era quien para arrojar la primera piedra. Tal vez saberlo, comprenderlo, le haría sentir mejor.

Ante Almendra se abrió un universo de posibilidades a contemplar y decisiones para ser tomadas, pero mientras tanto durmió y soñó. Sus sueños estuvieron plagados de imágenes en que las deidades desmembradas resurgían desde sí y su derrota para coronar la noche y que, bajo su efluvio la guerra cesaba, pues su batalla áurea, prevalecía sobre las huestes combativas con escudo y lanza. Soñó, que

con el fulgor del día el horizonte se mostraba inmenso. Que la luz absoluta diluye los resquicios de la penumbra y que tenía esperanza ¿Acaso no sentía latir en su interior una naturaleza alada? ¿Acaso no el propio príncipe del mal tenía esencia de ángel? Todo era cosa de saber distinguir el punto de inicio, el final y la distancia.

* * * * F I N * * * *

Serie: Las historias que ella cuenta
Historias anteriores

Para todo Escritor hay Lectores.

Imprimir

LA MUÑECA

Por Eduardo Cruz - Drassid
País: Oaxaca, México

Cuentan que a finales de los años sesenta, en la ciudad de Oaxaca el comercio de juguetes era muy escaso, apenas dos o tres tiendas exhibían en sus vitrinas muñecas, carritos y alguna que otra novedad que indudablemente eran del agrado y sueño de muchos infantes.

Sobre lo que se conoce como calle de 20 de Noviembre se localizaba una de estás tiendas, que en temporadas decembrinas se atiborraba de padres de familia y niños que buscaban el regalo que pedirían al todavía no tan comercializado Santa Claus o a los Santos Reyes.

Cuenta la gente que supo del caso, que en esos días una niñita de escasos 5 años de edad, se pasaba toda la tarde observando los juguetes, pero principalmente una muñeca que al darle cuerda movía sus piernas y bracitos.

Esa niña era hija de una señora que se dedicaba a vender fruta y otras golosinas en la calle, sobra decir que la pobreza le impedía comprarle semejante regalo a la niña.

La niña cada día pasaba por la vitrina para ver que la muñeca siguiera en su lugar, desde el fondo de si misma deseaba con toda el alma no la fuesen a vender.

Sin embargo, no faltó un día que la muñeca ya no apareció en la vitrina. La habían comprado, nadie sabe si esa fue la causa que la pequeña niña de nombre Modesta, empezó a mostrar un desgano para todo y no hubo voluntad humana que pudiese poner fin a su tristeza.

Pasaron los días y la mamá afligida logró conseguir dinero prestado para llevarla al doctor. Tras someterla a una revisión exhaustiva el facultativo manifestó la urgencia de internarla, presentaba un severo cuadro de anemia y otras complicaciones que ponían en riesgo su vida.

Fue más de una semana en que el estado de la niña fue empeorando, hasta que finalmente ocurrió lo indeseable; falleció. Esa noche cuando la velaban en su humilde vivienda, se presentó una niña de tez blanca y ojos azules que preguntó si en esa casa vivía Modesta, alguien le dio la noticia de su deceso. -*Eso ya lo sé,*- respondió aquella niña de origen desconocido.

Mandaron llamar a la mamá de la niña fallecida y preguntó a la recién llegada si conocía a su hija, -*claro que la conozco*- dijo, -*le traigo un regalo que siempre pidió y quiero que vaya con ella.*

Tras decir aquellas palabras la niña cayó al suelo espantando a los dolientes que se encontraban cerca de la entrada, la mamá la alzó y la llevó a una cama para revisarla, -*parece que está muerta*- empezaron a decir.

Un vecino se acordó que a escasos metros se encontraba el consultorio de un médico, lo mandaron traer.

Al llegar a la casa, el doctor fue llevado a la cama donde se suponía se encontraba la niña que nadie conocía. Entró al cuarto y salió de inmediato - *¿qué broma es está?*- Expresó muy disgustado, aquí no hay ninguna niña, es sólo una muñeca.

Los presentes al escuchar aquello, corrieron a asomarse al pequeño cuartucho y comprobaron que efectivamente se encontraba una bella muñeca era exactamente igual a la que Modesta siempre veía en la vitrina.

Nadie podía explicarse que había pasado, la mamá tomó la muñeca y la depositó en el pequeño ataúd junto a su hija. Cuentan quienes lo vieron que la pequeña se sonrió y la escucharon decir: -*gracias mamá*- cuando le dejaron aquel regalo póstumo.

Desde que ocurrieron aquellos hechos han pasado muchos años y hay quien asegura que cada año en el mes de diciembre es frecuente encontrar por las noches a una niña jugando con su muñeca en el mismo lugar donde se ubicaba la juguetería.

* * * * F I N * * * *

Para todo Escritor hay Lectores.

CUENTOS ATRAPADOS

Que las palabras de estos niños lleguen al fondo del alma y dejen su semilla.
Que el fruto crezca adornado de ilusiones infantes.
Y sus risas transfiguren el tiempo.

PAPA MOLL Y PEDRO ATRAPAN UN PEZ

Por Tina Soika (7 años)

Ellos fueron a un pequeño lago. Primero pescaron un pez muy pequeño, pero después cayo uno grande!. Pusieron el pescado grande en una cubeta y caminaron a casa acompañados de un ángel.

Al llegar a casa Papa Moll sacó un cuchillo para cortar el pez pero Pedro lloró y dijo :
"No le mates mejor dejémosle vivo "
" Okay"- dijo Papa Moll - *"tenemos que ir de nuevo al lago a dejarle libre antes que sea demasiado tarde".*

Caminaron de regreso al lago y soltaron al pez grande... De pronto algo muy raro pasó.

El pez grande se comió al pez chico que al principio habían dejado libre. Y entonces Papa Moll y Pedro se miraron a los ojos rascándose la cabeza .

MI PAYASO DEL HOSPITAL

Por Tina Soika (7 años)

Había una vez un hombre que quería ser algo diferente a los demás, algo diferente a un pintor.
Se decidió ser un payaso, pero no un payaso de circo o de la calle, sino un payaso de hospital. Estudió y aprendió mucho y se graduó y ahora trabaja en la clinica de "Tübingen".*
El camina a la puerta numero 26 y entra y ve llorar a una niña, el toma una toalla azul y saca de ella ¡una víbora! ¡Después toma el medidor de presión y le convierte en globo!

La niña le pide al payaso que asusten al doctor en su privado y llegan y entran sin tocar la puerta, pero el Doctor habla por teléfono y dice la niña: *"Buenas tardes Doctor."* y el Doctor voltea con una máscara de carnaval horrible de bruja y la niña salió corriendo a su habitación y prometió no espantar a nadie más.

**nombre de la ciudad*